



Magnanimidad

*El arte de saber ir
por más*

Sícap



La Magnanimidad

El arte de saber ir por más

José Luis Castañeda

La Magnanimidad :
El arte de saber ir por más

© 1998 por José Luis Castañeda
Segunda edición: 2004

© 1998 Sícap
Nogales 88
Fracc. Chapultepec
Tijuana, B.C.
Teléfono 686-15-20
civitas@icanet.com.mx
www.sicap-instituto.com

Impreso en México

Prohibida la reproducción parcial
o total por cualquier medio sin autorización
por escrito del autor

Introducción

Enrique estaba sentado enfrente del autor hablando de su futuro matrimonio, lo hacía con entusiasmo y con idealismo.

Me preguntó sobre mi opinión acerca del Matrimonio y le comenté que desde mi punto de vista se tenía que escribir con mayúscula. Vertí uno a uno los conceptos éticos, morales y prácticos sobre este tema y veía como mi interlocutor abría cada vez más los ojos.

Una vez que se terminó de hablar sobre estos fundamentos Enrique me dijo con emoción y sorprendido:

- José Luis, es que yo pienso en chiquito.

La frase «pensar en chiquito», comenzó a martillar en mis oídos cada vez más fuerte y fue cuando me di cuenta que quizá la mayoría de nosotros somos «chiquitos», porque pensamos en «chiquito».

La anécdota se fue contando en diversos seminarios y la primera vez que lo hice, dije la palabra Magnanimidad, la pregunta inmediata fue ¿Magna... qué?. Ahí surgió la idea de escribir sobre esta virtud que Carlos Llano la define brevemente como «*afán de logro*» (1).

La Magnanimidad, como iremos viendo, es una virtud que cuando se adquiere, nos produce un continuo e incómodo movimiento. ¡A final de cuentas es lo que necesitamos!.

Pensar en grande, ¡qué difícil es hacerlo!, conforme vayamos adentrándonos en esta situación a lo largo de este escrito, iremos encontrando algunas actitudes que nos impiden ver más allá, quizá la más importante es el sopor que nos produce una vida tranquila, intrascendente, pero cómoda.

Así que a dejar la comodidad de lado y a repasar horizontes, que nos impidan seguir «pensando en chiquito».

MAGNANIMIDAD

«...No vuelas como ave de corral, cuando puedes subir como las águilas» (2).

Cuentan de cierto personaje que al hacer, llamémosle así, sus prácticas profesionales en un pueblo de España, se daba cuenta que le quedaba tiempo libre.

Para aprovecharlo, daba paseos alrededor del pueblo, primero solo, pero después se hacía acompañar de un joven del pueblo que le ayudaba . Este joven jamás había salido de su lugar de origen.

Cierta tarde, para provocar un poco de conversación, el protagonista le preguntó:

- ¿Qué harías si fueras rico, muy rico?

El joven en su inocencia replicó:

- ¿Qué es ser rico?

Nuestro personaje, le comentó:

- Ser rico es tener mucho dinero, poder comprar muchas cosas, guardar dinero en el banco ...

El joven admirado y pensándolo un poco comentó lleno de gozo:

- Si fuera muy rico ¡me comería cada plato de frijoles con arroz!

¡Cuántas veces ante todo lo que nos ofrece la vida nos quedamos con «nuestro plato de frijoles con arroz», por pensar en chiquito, por falta de Magnanimidad.

El sueño que provoca la comodidad impide plantearse horizontes grandes.

Dice el refrán: «Tírale a la luna, que a lo mejor le pegas a la barda, porque si le tiras a la barda, posiblemente termines dándote en los pies». Nuestra vida requiere de metas altas, pero no sólo como propuesta sino como acción. ¿De qué me sirve ponerme de meta subir de puesto si no pongo los medios para llevarlo a cabo? ¿De qué me sirve el proponerme cambios en las actitudes que me impiden mejorar, si no lo realizo? La magnanimidad nos lleva no sólo a la proposición de metas altas sino al afán cotidiano por lograrlo.

Antes de profundizar en la definición de la Magnanimidad recordemos que ésta es un hábito.

Los hábitos son «disposiciones estables que inclinan a determinadas acciones» (3), así por ejemplo, el hábito de la puntualidad es una disposición estable a llegar a tiempo a nuestros compromisos. No es puntual la persona que llega a tiempo una vez sí y otra vez no, sino aquella que lo hace *habitualmente*.

No es ordenada la persona que en algunas ocasiones deja las cosas en su lugar sino aquella cuya disposición es hacerlo todas las veces. Los hábitos determinan nuestra personalidad.

A los hábitos personales positivos cuando ayudan a conseguir nuestra madurez se les llama virtudes.

Se puede entonces definir la Magnanimidad como aquella virtud que *dispone e inclina nuestro ánimo hacia las cosas grandes* (4). Es, abundando un poco más, ese afán de proponerse algo grande y luchar por conseguirlo.

¿Qué es lo grande?

Algunas personas confunden lo grande con tener mucho. Es algo, sí, pero no basta. A final de cuentas, como afirmaba aquella canción de los años setentas: «Nada te llevarás cuando te marches»; afanarse por tener no implica magnanimidad, aunque lo que pretendamos tener sea materialmente grande.

Pensar a lo grande es pensar en algo que nos trascienda como seres humanos. Por ejemplo, el cariño que le demostramos a los hijos nos trasciende, estemos presentes o no. Un trabajo bien hecho, que es una exigencia diaria, fijándose en los detalles pequeños, ordinarios, es algo que trasciende nuestra presencia. Ser ejemplo para los demás nos sobrepasa. ¡Cuántas personas han pasado por nuestras vidas y han dejado huella en nosotros! eso es trascender.

Hay grandeza cuando nos olvidamos de nosotros y nos damos cuenta que el servir, que a veces cuesta, es algo trascendente.

Grandes son esas personas que luchan día con día por lograr su vocación como seres humanos, que se afanan por ayudar a los demás, primero con el ejemplo y luego volcándose con tiempo, con consejos, en pocas palabras con olvido de sí mismos.

Lo grande nos sobrepasa. Nos impone.

Grande es el espíritu de superación en el ser, que a final de cuentas es la meta de cada día, la meta grande, magna.

Grande es descubrir lo
«extraordinario de lo ordinario».

A veces, cuando pensamos en grande, pensamos en situaciones que muy difícilmente se nos presentarán, como salvar a alguien de un incendio, cambiar nuestra patria cuando seamos presidentes de la república, dar buenos consejos cuando seamos el número uno de nuestra empresa, etcétera, etcétera... Si se consiguen serán cosas grandes, pero la magnanimidad, por ser una virtud, es de diario, de cada día, de cada instante.

La magnanimidad se presenta diariamente cuando hemos descubierto lo «extraordinario de lo ordinario» ¡Qué sí, que cuando seas presidente cambiarás muchas cosas!, pero también las cambiarás de inmediato cuando, le brindas esa palabra de ánimo a quien lo necesita.

Cuando escuchas a tu hijo pequeño a pesar de tener prisa; cuando pones todos tus sentidos en ese trabajo que te parece rutinario, pero que es tu obligación el hacerlo; cuando le sonríes al pesado de tu compañero para hacerle la vida agradable; cuando sabes darle «la última vuelta al tornillo» de todo lo que haces. Esto, entre otras muchas cosas te acercan a la grandeza de tus metas. Y si esto, que parece pequeño por ser ordinario, no eres capaz de lograrlo, jamás llevarás a cabo aquellas otras cosas que te has propuesto, de mayor envergadura.

Es grande el estudiante que se propone ser el mejor,

pero sin egoísmos, sabiendo que su preparación será instrumento para servir con mayor incisividad a los demás.

Es grande descubrir a Dios y descubrirle ese camino a los demás.

Algunas características del ser magnánimo

El magnánimo se caracteriza por su sinceridad y honradez. Evita la adulación y las posturas retorcidas. Se muestra como es, no se entretiene en las pequeñeces de la vida, esas tonterías que retrasan el conseguir los ideales nobles, las metas grandes.

No se queja, soporta con fortaleza las incomodidades pues descubre en éstas, distractores de su ideal. Sabe a donde quiere llegar y no se entretiene en los medios

Confía en los demás y en sí mismo puesto que tiene claras sus metas. Es centrado y tiene una calma en su interior que contagia a los demás.

Distingue perfectamente lo importante de lo secundario. Hay gente que al señalarle el horizonte, lo único que termina por ver es la punta del dedo.

Que se le marca la meta a donde se pretende llegar y se entretienen en discutir sobre el miedo que produce lo desconocido. Al magnánimo también se le presenta el temor, pero lo desprecia por el valor y claridad de sus metas.

Cuando mira a los demás los observa de acuerdo a lo que *pueden ser* y no se entretiene en lo que son, por eso termina por hacer grandes a los que lo rodean.

Tiene amplitud de miras, ve más allá de la mezquindad de los demás.

La pusilanimidad

Cuentan que en cierta ocasión, cabalgaba Alejandro Magno con su séquito, después de haber ganado una batalla por todo lo alto.

Iban ¡Borrachos de triunfo!.

En el recodo de un camino, sale a su encuentro intempestivamente un pordiosero, que con el desparpajo de no tener nada que perder, se pone frente al caballo de Alejandro.

La guardia personal del monarca, desenvainan las

espadas y esperan la orden de su jefe. Este los detiene y espera que su interlocutor hable.

- Señor, dame una limosna.

El murmullo de los comentarios de su séquito no se hizo esperar, pensando en la insolencia y desacato del pordiosero.

Alejandro, con calma, voltea hacia su segundo de abordo y le ordena:

- A éste, hazlo gobernador de dos ciudades

El pordiosero abrió los ojos de una manera descomunal y en voz apenas audible alcanzó a replicar:

- Señor, ¡que yo no pedía tanto!

Alejandro sonriendo le contestó:

- Tú me pides como quien eres, yo te doy como quien soy

El mendigo, en su estrechez de miras, esperaba algunas monedas, que le ayudaran a mitigar el hambre.

El pordiosero jamás esperaba esa magnanimidad de su Rey, porque pensaba en «chiquito».

La pusilanimidad, también es un hábito, que lamentablemente nos lleva a acomodarnos, a confundir las grandes metas con metas cómodas.

La persona, que tiene el alma pequeña y que logra un puesto en la empresa y se arrellana en él, porque ir por más significa, más eficacia, más audacia, más servicio.

El padre de familia que prefiere tener objetos en su casa: un refrigerador, una tele o un perro, en lugar de tener más hijos, porque éstos significa *sacrificio*.

El profesionista que se conforma con lo que ha aprendido y no se actualiza, porque requiere leer más, investigar, etcétera.

El padre o la madre que prefieren su comodidad personal al servir a los demás en casa.

El empleado que espera que le llegue una oportunidad en lugar de buscarla, porque sabe que tendrá que hacer algunos esfuerzos personales.

La persona que hace las paces con sus defectos, y decide no buscar el crecer más.

Todos estos son ejemplos de personas que piensan en «chiquito», podrían añadirse más ilustraciones, pero las anteriores nos dan cuenta

clara de lo que significa la pusilanimidad.

La pusilanimidad es esa «pequeñez de espíritu, por el que no se intenta lo que está al alcance de nuestras fuerzas, porque se tiene un grande o excesivo temor al fracaso.

Hay gente que no se da cuenta que el fracaso es patrimonio de los seres humanos, y que piensan que sólo no fracasa el que no intenta nada. Aclaramos que el no intentar nada es ya parte de la inmovilidad, que a la larga es fracaso también.

Ponerse metas altas, grandes, magnánimas no implica que no vaya a haber caídas o tropiezos, o ganas de deserción; las habrá, pero el valor de la meta hace que se vuelva a levantar una y otra vez.

La estrechez de miras que es consecuencia de la pusilanimidad, consiste en fijarse en pequeñeces:

Preocuparse por la forma en que me saluda el jefe.

- No saber perdonar a la gente que, muchas veces por ignorancia, hace cosas porque no tiene la misma formación que uno.
- Permitir que el estado de ánimo de los demás interfiera en el nuestro.

- No saber vencer las dificultades de la jornada con fortaleza.
- Dejarse vencer por el clima o por el cansancio y reducir nuestro rendimiento.
- No saber dar «la última milla » en el trabajo, terminándolo hasta sus últimos detalles.
- Dejarse llevar por el injusto «me cae bien o me cae mal»
- Hacer lo que más me gusta, sacrificando el deber de cada instante.
- Preocuparse por las notas de los hijos y despreocuparse por darles ejemplo para su formación.
- Desentenderse del hecho que el hogar lo hacemos también nosotros.
- Acomodarse en la vida, enojándose y criticando a los que van por más, porque nos incomodan.
- Dejarnos vencer por el estado de ánimo con el que nos levantamos
- Desconfiar de los demás por no fijarnos en lo que puedan llegar a ser sino en lo que son.

- Impacientarnos por no saber aceptar la realidad.
- Dejarse intimidar por la crítica de los demás.
- Ocultar o reducir la verdad, por miedo a que los demás nos juzguen.
- Dejarse vencer por la envidia cuando otras personas consiguen algo diferente a nosotros

En pocas palabras tomar en cuenta el viejo refrán *«hay gente que un solo árbol le impide ver la magnitud del bosque»*

Afirma Francisco de Sales que *«Pararse en las pequeñeces del puesto, de la cortesía y del cumplimiento no es de almas grandes que tienen otras cosas en que pensar, sino de gente desocupada»* (5).

Más

Todos los elementos químicos y algunas operaciones matemáticas se representan por un signo. Podríamos afirmar que la magnanimidad se representa por el signo de más (+). Este signo significa aumentar, añadir, crecer. A manera de ejemplo se enuncian los siguientes *«más»*:

- Más esfuerzo al levantarme cada mañana.
- Más servicio en casa con todos sin acepción de personas.
- Más búsqueda de las virtudes que lleven a la madurez.
- Mas tiempo a esas personas que nos parecen unos «pesados»
- Más cortesía con mis colaboradores ...aún con aquellos que me caen mal.
- Más dedicación a mi trabajo.
- Más orden en mis cosas y en mis afectos.
- Más *ceder* en mis gustos por hacerle la vida agradable a los demás.
- Más paciencia en las enfermedades, llevándolas con fortaleza y sin quejas innecesarias.
- Más *pensar* en lo que necesita mi pareja.
- Mirar mi matrimonio más allá de las incidencias del día.

- Más afecto a quienes debo dárselo.
- Más contribución en los deberes sociales.
- Más atención con los hijos.
- Más ayuda en la casa, aunque me llamen «mandilón»
- Más principios.
- Más virtudes.
- Más lealtad a esos principios y virtudes.
- Más horas de estudio.
- Más cuidado de las cosas pequeñas, sin confundirlas con pequeñeces.
- Más tiempo y calidad a mis deberes con Dios.
- Más personas a las que pueda ayudar a ser más.
- Más presencia de Dios en mi vida.

En cada situación hacerse la pregunta, ¿qué *más* puedo o se puede hacer que no esté haciendo?

Cómo me conmueve pensar en aquel hombre que oyó sobre la virtud de la magnanimidad, y que cierto día regresaba temprano a su casa porque se sentía enfermo y materialmente molido; su esposa que estaba también enferma, le encargó algunas cosas del supermercado.

El protagonista, cerró los ojos, y se metió al auto con sus hijos; por lo bajo y pensando que nadie le oía susurra «más, más, más» su hijo adolescente le pregunta ¿más qué Papá? Y éste le contestó, ¡más Amor, hijo, más Amor!

Afirmas el santo de Hipona: «Padecer necesidad es algo que puede sucederle a cualquiera; saber padecer es propio de almas grandes»

Al hablar del signo de más, una persona me comentó: «¿Te has fijado que el signo de más es igual a una cruz ?». Ese día comprendí la sublimidad de la magnanimidad. Cristo, Dios hecho hombre, siempre fue por más, hasta la ignominia de la cruz.

Quizá por eso nos da tanto miedo ser magnánimos, ya que implica sacrificio y preferimos quedarnos con esa estrechez de miras que nos llevan a ser *menos*.

Para concluir, cito a Josemaría Escrivá, que de magnanimidad nos puede enseñar y mucho: «*Magnanimidad: ánimo grande, alma amplia en la*

que caben muchos. Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos, para prepararnos a emprender obras valiosas, en beneficio de los demás. No anida la estrechez en el magnánimo: no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesada. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: se da. Y logra entender entonces la mayor muestra de magnanimidad: darse a Dios» (7)

Notas:

Llano, Carlos. El empresario y su mundo. McGraw Hill, México 1991, pp 154, 155.

Escrivá, Josemaría. Camino. Minos, 1992, punto N° 7

Yepes, Ricardo. Fundamentos de Antropología. EUNSA, 1996, p. 91

Aquino, Tomás. Suma Teológica. 2-2, q129 a.1.

Sales, Francisco de, Introducción a la vida devota. III-4

San Agustín, Sobre el bien del matrimonio, 21

Escrivá, Josemaría. Amigos de Dios. 80